

GABRIEL VALDES S.

50 AÑOS

DE LA

FALANGE NACIONAL

A LA

DEMOCRACIA

CRISTIANA

Discurso del Sr. Gabriel Valdés S. presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile, con motivo del Cincuentenario de la fundación de la Falange Nacional.

Santiago, Octubre 13 de 1985

Señor Osvaldo Hurtado, ex Presidente de Ecuador y Presidente de la Organización Demócrata Cristiana de América Latina.

Señor Eduardo Fernández, Secretario General del COPEI y Diputado al Congreso Nacional de Venezuela.

Señor José Rodríguez Iturbe, Diputado al Congreso de Venezuela.

Señor Otto Pérez Rivas, Senador Venezolano.

Señor Oscar Alzaga, Presidente del Partido Democrático Popular de España.

Señor Juan Carlos Guerra, Vicepresidente del Senado de España.

Señor Werner Schreiber, Diputado de la C.D.U. al Parlamento Alemán.

Sras. Aura Montoya y Teresita Fernández, dirigentes del Partido Demócrata Cristiano de Colombia.

Srs. Representantes de la Alianza Democrática don René Abeliuk, Presidente del Partido Social Demócrata; don Luis Fernando Luengo, Vicepresidente del Partido Radical; don Gastón Ureta, Presidente del Partido Liberal; don Jorge Molina, Subsecretario General del Partido Socialista; don Julio Subercaseaux, miembro de la Directiva del Partido Republicano.

Camarada Andrés Zaldívar, Presidente de la Internacional Demócrata Cristiana.

Sra. María Ruiz Tagle de Frei.

Queridos amigos y amigas:

Agradezco a nombre del Partido vuestra presencia y las generosas palabras de solidaridad que habeis pronunciado. Asimismo expreso profundo reconocimiento por los mensajes de adhesión que de tantos líderes políticos y amigos hemos recibido en este aniversario.

Estas expresiones de presencia y afecto nos demuestran que no estamos solos en el mundo, que nuestras vidas políticas están enraizadas en principios e ideales que son compartidos con intensidad por muchos que, en otras naciones luchan por los mismos objetivos de libertad y de justicia.

I. 50 AÑOS

Esta conmemoración es principalmente una acción de gracias, un momento de recuerdo y una ocasión solemne para renovar la fidelidad al humanismo que profesamos.

Es una acción de gracias porque la historia de la Democracia Cristiana ha sido una bella manera de vivir y de engrandecer tanto la vida como la muerte de aquellos que hoy nos llamamos democratacristianos y hace cincuenta años nos reconocíamos como falangistas.

II. ACCION DE GRACIAS

Hemos sido durante cincuenta años una comunión de mujeres y hombres combatiendo por un ideal político. Por muy imperfecta que haya sido esa comunión, entre nosotros ha prevalecido la amistad a través de todas sus dimensiones y vínculos, transformando nuestras existencias individuales en sociales, convirtiendo cada yo, en un nosotros, que nos ha identificado en la vida política nacional e internacional.

¡Demos gracias a Dios por otorgarnos este don gratuito de la comunión!

Durante estos cincuenta años en distintas posiciones, con diferente gravitación, hemos contribuido a definir los mecanismos, las instituciones y los valores sociales y políticos de Chile. Esa fue una tarea decisiva durante el Gobierno de Frei, sin embargo, ya antes, y también después, se reconoce la impronta de nuestra contribución en la vida política del país.

¡Demos gracias a Dios por habernos impulsado a la tarea de engrandecer la Patria!

Hemos cometido errores, hemos flaqueado y, muchas veces, no hemos estado a la altura de nuestra misión y de la dignidad de nuestro humanismo.

¡Demos gracias a Dios porque ilumina nuestras limitaciones y nos otorga la humildad, única fuente para inspirar nuevos y mejores servicios a la Nación!

Finalmente, agradezco el don maravilloso de permitirnos celebrar junto a los fundadores a quienes hoy simbolizamos en Bernardo, Ignacio, Tomás, Radomiro, Alejandro; en fraternal relación con los camaradas que no están aquí porque descansan en Paz, quienes bajo la invocación del nombre de Eduardo Frei emergen como guías señeras de nuestro camino; y reunidos con nuestros amigos de América y Europa, cuya activa solidaridad en los momentos difíciles jamás olvidaremos.

A ese mismo Dios que nombramos para agradecerle, no le invocamos "su nombre en vano", mezclándolo en nuestras luchas y combates. Nuestra política es laica, sin monopolios declarados o encubiertos de la fe religiosa. Para ser Demócrata Cristiano basta con reconocer y comprometerse a fondo con la dignidad del hombre y de todos los hombres. En nuestra razón de ser.

III. COMUNIDAD DE RECUERDOS

Porque nuestra tarea ha sido terriblemente humana, somos una comunidad de recuerdos y esperanzas.

Somos una comunidad de recuerdos porque cada vida de un Demócrata Cristiano se hizo en la relación con la de sus prójimos.

Cada uno recuerda el día que asumió la misión, sabe quiénes lo influyeron y quiénes lo llamaron a sabiendas de cómo era y tal cual era. El Partido ha sido una escuela con maestros y discípulos, ya desde la primera hora. Los fundadores reconocen el llamado de los precursores. Las generaciones siguientes el llamado de los fundadores. Cada generación tiene su propio afán. El Partido ha sido como un gran río de aguas claras que se sume en la tierra chilena que tanto amamos.

Hemos sido una comunidad de gente alegre. Cada vez que nos ponemos a recordar se hilvanan las mil pequeñas historias que subyacen tras la historia más formal del Partido. Esas pequeñas his-

torias son distintas según el espacio y el tiempo e idénticas en su humanidad contagiosa y optimista. Hay historias falangistas en la Pampa del Norte y en el Sur Austral. Historia de derrotas y de triunfos electorales en contiendas, a través del tiempo, para elegir Presidente, parlamentarios o regidores. Allí está Bernardo Leighton, el símbolo vivo de nuestra mejor historia.

Hay anécdotas en la lucha sindical desde la CTCH hasta hoy. El movimiento estudiantil nos ha dado triunfos todos los tiempos y ha sido un manantial inagotable de pequeñas y grandes epopeyas. Los cuentos de la FECH, la FEUC, de Concepción y de Valparaíso, son inagotables.

Campesinos y pobladores aportan sus propios relatos democráticos de liberación y de sobrevivencia.

Y, por fin, digamos que hay también la historia amarga de la dictadura donde aparece el temple de nuestros exiliados, relegados, encarcelados y perseguidos.

IV. UNA FUERZA NACIONAL Y MENSAJE UNIVERSAL

Hemos sido también una fuerza política inmensamente chilena, articulando todas las expresiones que conforman la cultura nacional. Nuestro primer periódico se llamó Lircay, para señalar un nuevo rumbo a la política nacional. La gran marcha de los jóvenes en la elección presidencial de 1964 se llamó la marcha de la patria joven. No se trata sólo de símbolos y de signos, sino de un fecundo intento por integrarnos en la legitimidad histórica de Chile, asumiéndola como propia para renovarla. Así, hemos inscrito nuestras raíces en la fuerza liberadora de la Iglesia defensora de los indígenas, en la austeridad prolija de los grandes gobernadores coloniales, en la abnegación de los revolucionarios de la Independencia, en el talento de los constructores como Montt y Varas, de los renovadores como Benjamín Vicuña Mackenna. Quisiéramos amar la Patria tanto como Sotomayor y Balmaceda. En este siglo, hemos comprendido cabalmente la rebeldía de Recabarren y Clotario Blest. Admira-

mos a Arturo Alessandri y su obra transformadora. Nos conmueve la rectitud y lucidez de don Pedro Aguirre Cerda.

Pero hay más. Hemos sido generosos para reconocer las virtudes de los próximos y de los más lejanos.

Así, fue como nos enriquecimos con la sabia humanidad de Gabriela Mistral, con la profundidad democrática de Jorge Millas y con el talento constructor de Jorge Ahumada. No fuimos remisos en la admiración de Pablo Neruda y de Eugenio González.

Desde los inicios tuvimos una conciencia latinoamericana y universal.

Nuestros precursores del siglo XIX en Europa y América Latina instruyeron la tragedia que se incubaba con la revolución industrial y el arrogante desprecio por la condición humana del materialismo histórico, sustrato inherente a la ciencia económica en germinación. La cuestión social, es decir, la explotación despiadada de la naciente clase obrera, era el último eslabón del cientifismo a la moda del siglo. Este orgullo científico relegaba al olvido toda contribución humanista que se apartase de su padrón monocorde. El capitalismo era la ciencia económica de la burguesía; el socialismo, su antítesis, la ciencia económica del proletariado. La democracia perdió la centralidad en la reflexión humanista. El propio pensamiento político derivó obsesionado por el conflicto interno y externo, de *real política* a lógica militar para conflictos sin compromiso. Nuestros precursores y fundadores debieron enfrentar formidables obstáculos para germinar en tan adverso mundo cultural y político. Postular la democracia significaba caer en la herejía liberal. Defender a los obreros implicaba confusión con el comunismo. Algunos no entienden nuestra admiración por León Bloy y Charles Peguy y su pensamiento profético en contra de todas las idolatrías y mentiras institucionalizadas de comienzos de siglo. De Peguy aprendimos esa verdad profunda que "la revolución será moral o no será revolución". Por eso, hasta hoy, los pacatos, los que sólo viven para defender un pasado y los que reducen todo a un

materialismo chato, nos atacan. Pero crecemos. Y ello es la señal de que interpretamos un ancho sector de chilenas y chilenos.

Más tarde el genio de Jacques Maritain dedicaría su vida a *distinguir para unir* y así generar un mundo nuevo. Algunos de buena fe y otros con ingenuidad nos han achacado ser lectores de un solo autor y de un autor *demodé*. No hay tal. En el plano de lo específicamente político, hemos estado abierto a las reflexiones y aportes humanísticos provenientes de otras filosofías y a las ciencias políticas clásicas y contemporáneas. Por cierto que no se trata de erudición, sino de consistencia y envergadura, ni tampoco de un intelectualismo libresco alejado de las experiencias políticas. Vivimos la realización admirable de la integración europea. Nosotros mismos fuimos pioneros de la integración latinoamericana. Con apasionado interés seguíamos el desarrollo político de América Latina. Nos interesó en su hora la obra de Betancourt y de Haya de la Torre, como ahora nos interesan vitalmente las tareas de Sanguinetti, Alfonsín, García y Sarney.

Por cierto que las experiencias democratacristianas en el continente las hemos vivido como propia. Ese fue el caso de las Presidencias de Rafael Caldera y Luis Herrera Campins en Venezuela, de Osvaldo Hurtado en Ecuador, de Napoleón Duarte en El Salvador. No somos, ni fuimos meros observadores de las experiencias y perspectivas de la Democracia Cristiana Internacional que es una comunidad de convicciones que nos interesa muy vitalmente y a la cual hemos contribuido con todo entusiasmo y la Presidencia de la Unión Mundial de Andrés Zaldívar testimonia nuestra presencia.

El pensamiento D.C. a nivel mundial enfrenta los desafíos de una crisis de civilización y difíciles problemas de gobernabilidad democrática. Es una tarea muy similar la de los precursores de la primera mitad de siglo. Al enfrentar esos desafíos se abrirá una nueva juventud para el mensaje universal de la D.C. que es alcanzar mayor libertad, mayor dignidad y justicia para todos los pueblos. Queremos un nuevo orden internacional justo y no abusivo como el actual.

V. NUESTRA COMUNIDAD CREADORA

Para quien observe con atención las líneas de nuestra evolución y desarrollo, verá claramente la continuidad creadora de nuestra conciencia política.

Nuestra obra, como tarea encarnada y concreta, es una maciza contribución a la teoría y a la práctica de la política. Una síntesis original no siempre bien percibida en sus perfiles inéditos. No es esta la ocasión de mostrar todas las dimensiones de esta creación colectiva, pero deseo referirme a algunos aspectos cuya actualidad ha durado ya medio siglo.

1. La democracia

Hay demócratas a regañadientes, por inercia y aun por conveniencia.

La convicción democrática del Partido es fruto de una búsqueda apasionada y lúcida, un intento severo por reconvertir hacia el humanismo las tendencias que anunciaban su menoscabo o su destrucción.

De Maritain aprendimos la amistad cívica cuando dio su testimonio lúcido que la Guerra Civil Española no era una guerra santa. Desde entonces desconfiamos tanto de las cruzadas para imponer la fe religiosa como de las cruzadas para erradicarla. La Segunda Guerra Mundial nos evidenció la crueldad que pueden alcanzar los integristas de la raza, la clase o el dinero. Durante los años treinta y cuarenta y todavía en los años cincuenta, fuimos acusados de herejía por propugnar los valores democráticos. Ya en 1961, tres años antes del Concilio Vaticano II, declaramos enfáticamente que “la democracia es la forma más alta de revolución en nuestro tiempo”. Para nosotros, la Declaración de los Derechos Humanos es el primer movimiento de la cultura de vanguardia, aquella que identifica los derechos y deberes, las tareas y medios para combatir simultáneamente por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Para nosotros, los derechos humanos son un monumento vivo, cotidiano, siempre inacabado, de una vida plenamente humana.

“La Pobre Libertad”, como la llamó Gabriela Mistral, es primera, ya que “es la Madre, que por su mano y de su mano, vienen las demás gracias y van

cayendo los bienes de Ella a nosotros uno por uno”.

En cincuenta años hemos aquilatado el valor de la libertad en la contrucción de las sociedades antiguas y nuevas de este mundo ya unificado. La libertad, las libertades políticas reales, son el primer cimiento de la ciudad política. Creer en ella es apostar por la persona humana, lo que supone una perspectiva de tiempo que va más allá de las impacencias, los apresuramientos y las modas de una coyuntura histórica. El flagelo de la tiranía afecta, de un modo u otro, a sucesivas generaciones, menoscaba los logros materiales y provoca todo tipo de malestares a las múltiples dimensiones humanas de la persona.

Esta lección la hemos aprendido mirando el mundo en la segunda mitad del siglo XX. Hemos adquirido una profunda desconfianza en las vanguardias lúcidas, llámense partido, escuela económica o doctrina fundamentalista. Muchos hombres bien inspirados ceden ante la tentación de suprimir la libertad para lograr más justicia, igualdad y aun un mundo más fraternal. El infierno como tránsito para llegar al cielo.

La libertad tiene enemigos declarados y otros más sibilinos que se mimetizan tras el prestigio de la palabra democracia. En este siglo, hay cosa juzgada con respecto a la inhumanidad de los totalitarismos y de sus aprendices menores, los gobiernos autoritarios. Con todo, hay menos lucidez en el rechazo al trilateralismo, es decir, la democracia como artículo de lujo para los países donde reina la abundancia y hacia aquellos que han falsificado el orden de las libertades, asignándole un primer lugar de privilegio a la libertad económica y el último lugar a la libertad política.

¡Hay que tener los ojos abiertos para denunciar los Gulags visibles e invisibles que coexisten en nuestro mundo contemporáneo!

Esa tarea de discernimiento la hemos realizado década tras década, observando la marcha de América Latina, del mundo y nuestra propia experiencia nacional. El discernimiento nos ha alejado de todo simplismo, de todo slogan vacío o unilateral. Hemos valorado y criticado todas las ex-

perencias políticas de este siglo con la serenidad que proviene de nuestro humanismo. Así hemos procedido con los capitalismo reales y con los socialismos reales. De igual manera con los imperia-
lismos. Lo que más irrita a nuestros adversarios es que busquemos y practiquemos una verdad sin reduccionismos, apartándonos de las apariencias y observando las realidades profundas.

Nuestros discernimientos y decisiones han sido una tarea colectiva y no el dictado de caudillos o de iluminados. Esas mismas decisiones han pasado por la prueba de la realidad. A veces intuiciones intelectuales han llegado a ser verdades existencia-
les. Ello ha ocurrido con la lapidaria acusación a la democracia política de ser formal y burguesa. Antes eran palabras contra palabras. En medio de la represión dictatorial, las formas, los procedimientos, los derechos personales y políticos han llegado a ser sustancia, agua pura indispensable para vivir. ¡Nadie en Chile osaría llamar a los derechos humanos, derechos burgueses!

El pensamiento democrático, como herencia cultural, está amenazado permanentemente de ser dilapidado por desgaste o falta de renovación. Al final del siglo XX, la nueva tarea es descubrir los caminos de transformación de cada uno de los pilares del edificio democrático.

Hay que fortalecer su inspiración y sus orientaciones. Es necesaria una mística y una espiritualidad democrática que funde la creación de nuevas energías espirituales para acometer las tareas de la democracia. Hay que hacerla eficaz para avanzar más y más en sus resultados. Las propias instituciones democráticas deben ser probadas en su verdadera capacidad de implantación en los nuevos países. Hay que estar alertas porque vendrán nuevas opiniones contra el credo democrático.

Los demócratas cristianos tenemos con respecto a la democracia un compromiso de existencia. Nos corresponde otorgarle al compromiso democrático un sentido espiritual que transforme el pluralismo en solidaridad, que otorgue a la participación social y política reales cauces institucionales y, en fin, que remueva todas las hipocrecías

y escándalos políticos, sociales y económicos de las democracias vigiladas, censitarias y demagógicas.

Para construir una democracia más perfeccionada, nuestra propia experiencia chilena de este siglo nos enseña que se requiere un cierto orden político.

2. El compromiso de un orden político democrático

Durante cincuenta años hemos observado una perseverante línea de compromiso para construir un orden político democrático.

La tragedia de 1973 no invalida esa línea consistente. Se nos acusa de ingenuidad por preferir los medios de persuasión, diálogo y compromiso a los procedimientos de guerra, exterminio y simulación. Las Garantías Democráticas solicitadas al Gobierno de Salvador Allende son un hito más de la misma línea consistente. Poco antes no habíamos tenido éxito en lograr que se aprobase la segunda vuelta de elección popular entre las dos primeras mayorías relativas.

¿De qué se nos acusa? ¿Acaso de confiar en la buena fe, en la palabra empeñada, en el honor de los pactos? Si es por eso, ¡bendita sean las acusaciones de ingenuidad! Los pequeños maquiavelos que dicen lo que no hacen, que venden sus acciones bancarias a sus presuntos "enemigos", que aceptan el fascismo por su temor anticomunista, les ocurre lo que decía Maritain en su Conferencia histórica sobre el "Final del Maquiavelismo". Verán el "derrumbe final", sin conocer siquiera las "lagrimas y los sufrimientos" de quienes fueron sus víctimas.

Ahora, después de 12 años de dictadura, hemos contribuido con toda nuestra decisión, a la construcción de un Acuerdo Nacional para alcanzar un orden político democrático.

El Acuerdo Nacional, como todo compromiso democrático, implica renunciaciones y una comprensión del verdadero bien común histórico para pasar de la convivencia salvaje a la convivencia civilizada. Desde esta perspectiva ética, la única salida por lo demás, el Acuerdo Nacional es un logro de carácter

óptimo ya que establece para la generación del poder diversos mecanismos impecablemente democráticos. Así, en el futuro, un orden político puede consolidarse y perfeccionarse constantemente. Asimismo, la definición del orden público económico atestigua un enfoque consistente para enfrentar la crisis económica, otorgándole credibilidad a las instituciones económicas en las tareas prioritarias de conseguir más empleos y de erradicar la pobreza crítica.

El texto del Acuerdo habla por sí mismo y los que buscan interpretaciones para hacerlo fracasar apenas ocultan su desconfianza o su odio hacia la democracia. Por nuestra parte, suscribimos el Acuerdo Nacional con toda buena fe y con la gran esperanza de conquistar la democracia. Es un Acuerdo que obliga a todos sus firmantes, por igual, a incorporar a todo el pueblo en la movilización para obtener lo que hemos prometido. Por ello, el Acuerdo Nacional compromete el honor de la Democracia Cristiana.

3. Civiles y Militares

Hablamos con convicción de generar un gran proyecto nacional que aúne las voluntades de todos los chilenos. Decimos que seremos capaces de refundar la República y crear un sistema político que sea obra de todos y donde todos tengan un lugar en él.

Esa es nuestra decisión y nuestro compromiso más profundo. Sin embargo, a veces, en el fragor de las luchas políticas, demasiado inmersos en las instituciones de la sociedad civil, olvidamos una exigencia que quiero expresar aquí con franqueza.

Un sistema político tiene muchos componentes: Constitución, Poderes Públicos, división de Poderes, Partidos Políticos, sistema electoral, etc. Todo eso es cierto, pero nunca hay que olvidar, además, que un sistema político, a lo menos como el nuestro, para que sea posible y pueda funcionar con estabilidad, requiere definir una relación cívico-militar eficiente, respetuosa de ambos elementos de la ecuación, esto es, respetuosa de los civiles y de los militares.

En esta materia, ha habido históricamente una falla en nuestro país. Una falla que, con franqueza, debemos aceptar que es mucho más antigua que la dictadura.

En Chile, por décadas, los militares y los civiles vivieron separados en compartimentos estancos. Recíprocamente se ignoraron, desarrollando al interior de nuestro mismo país dos culturas separadas. Ni los civiles sabíamos nada de los militares, ni ellos tenían, tampoco, mayor conocimiento de nosotros. En vez de una relación cívico-militar, teníamos un mundo de indiferencia y de incompreensión.

Los doce años de dictadura de Pinochet no han hecho sino agravar estos problemas. Nuevas causas de distanciamiento se han creado. Los militares han continuado e incluso reforzado su aislamiento, pues ha sido política deliberada de la dictadura impedir que ellos puedan tener cualquier contacto con nosotros como personas, con nuestras ideas y con nuestros proyectos para Chile. Por otra parte, no se puede llamar relación cívica-militar a la que hoy tienen las Fuerzas Armadas con minúsculos grupos de civiles militaristas que, no obstante una retórica de halago a las instituciones castrenses, lo único que procuran es continuar aprovechándose de su poder para mantener intereses o sostener políticas que no tienen respaldo ni político, ni civil, ni moral.

Ante esta realidad yo quiero ser extraordinariamente enfático. El Acuerdo Nacional del que formamos parte los demócratacristianos, no tiene un destino de enfrentamiento con las Fuerzas Armadas. No quiere ahondar antagonismos que sólo serían origen de nuevas desgracias para nuestra Nación y su destino. Por el contrario —y lo digo con claridad— no concebimos el Chile grande y generoso que soñamos, si no somos capaces de crear una nueva relación cívico-militar, tan respetuosa de los civiles como de las Fuerzas Armadas, suficiente para integrar a esos dos mundos en una misma cultura, en el respeto de unos mismos valores y en el servicio de un mismo ideal colectivo de Patria. Aquí está comprometido el honor militar y el honor de los civiles, que, juntos, hacen el honor de Chile.

4. El problema comunista

Hace cincuenta años el comunismo era una promesa que convocaba a los espíritus y muchas ilusiones en pos de una futura sociedad superior. Cincuenta años después, la Unión Soviética es una potencia nuclear, su desarrollo material es gigantesco, su área de hegemonía se ha extendido en Europa, Asia, Africa y América Latina y sin embargo, los "socialismos reales" ya no provocan ni la misma fe ni concitan esperanzas. En estos socialismos reales ha habido progresos sociales de importancia; con todo, su desarrollo económico ha sido fuertemente inferior al de los países democráticos del mundo occidental y, lo que es más decisivo el Estado que, algún día debía desaparecer, domina por completo la vida social y política y la vida cultural y económica. La libertad está ahogada.

Desde nuestra fundación hubo claridad con respecto al problema comunista y, en rigor, una lucidez tan actual como hace cincuenta años. Por nuestra parte, nos hemos definido clara y tajantemente en declaraciones y cartas respecto del Partido Comunista porque tenemos diferencias insalvables respecto de su modelo de sociedad, de su concepto filosófico y práctico, respecto de los derechos del hombre y de la función del Estado, de la sociedad civil y de la vigencia del pluralismo social y político. Definitivamente, tenemos concepciones diametralmente opuestas respecto de los medios y los fines para conciliar la justicia y la libertad. Además, en esta hora de nuestra historia hemos denunciado la estrategia de la violencia como incompatible con la lucha por conquistar una auténtica democracia.

Nuestra posición es clara y definitiva. Quienes insisten en desfigurarnos y pretenden confundir son simplemente majaderos.

Pero rechazamos también desde la partida los simplismos del anticomunismo de los poderosos, para los cuales, en palabras de Eduardo Frei, dichas hace ya cuarenta años, "todo cambio que amenace sus privilegios o sus ventajas, lo llaman comunismo, y tras ese parapeto que levantan para engañar a los incautos, mantienen un orden injusto, anticristiano y muchas veces inmoral" o, en palabras del mismo

Eduardo Frei, de "ciertos gobiernos (que) por apoderarse del poder, persiguen a las organizaciones obreras que les son adversas y lo que es más frecuente, para ocultar sus graves errores, lanzan como cortina de humo una especie de anticomunismo detrás del cual ocultan sus fracasos, sus inmoralidades o sus abusos".

El anticomunismo de la concentración del poder económico y de los Gobiernos autoritarios es por completo ajeno a la Democracia Cristiana. El anticomunismo ramplón e ignorante que se nos ofrece desde conspicuos salones de esta capital es un ejercicio deprimente.

No hemos ocultado que, en ciertas ocasiones, el problema comunista puede llegar a constituir una amenaza militar. Ello ocurre en países cuya libertad es ahogada por la represión y la pobreza y en zonas de agudo conflicto y de ingerencia internacional de las grandes potencias. Chile, de continuar la crisis y la decadencia que acarrea la dictadura puede ser una nación amenazada. Así lo ven todos los que en el mundo siguen con ansiedad la irracional pertinencia de quien no comprende que el tiempo se termina.

5. La lucha continúa

Tal como lo expresara públicamente al país hace algunos días el Jefe de Estado ha perdido todo realismo.

Realmente, se ha entrado en el camino de la esquizofrenia: plantear que estamos en la dictadura de la democracia supera los límites de la imaginación.

Los chilenos hemos sufrido vejaciones de diversa índole, pero tenemos derecho a protestar porque se somete al pueblo a expresiones odiosas, equivocadas e inoportunas, que lindan con la incultura, y que representan el voluntarismo obsecado de obstruir el tránsito pacífico y ordenado a la democracia en Chile.

Quiero advertir al país que la Democracia Cristiana jamás renunciará al derecho a la movilización pacífica, cualquiera sea el riesgo o las amenazas que deberemos enfrentar.

El Partido ha definido un ámbito de pacto político con movimientos con los cuales ha logrado una creciente afinidad en una estrategia común y en una concepción de un orden político, económico y social preciso. Esto es la Alianza Democrática.

La Alianza Democrática nació con la clara intención de lograr un Acuerdo Nacional. Así se llamó su Acta Constitutiva. Gracias a la patriótica iniciativa del Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor Juan Francisco Fresno, se pudo concertar las fuerzas democráticas en el Acuerdo Nacional.

Lo reitero. La Democracia Cristiana hará todos los esfuerzos posibles para sostener y profundizar este acuerdo. Los chilenos y el mundo entero han percibido que ésta es la expresión legítima del Chile respetado y el marco preciso de ideas y mecanismos para establecer la Democracia. Estoy absolutamente convencido que los extremistas de todos los signos no podrán impedir que vivamos en Democracia.

Amigos aquí presentes y que escuchan a lo largo de Chile: Nuestra Patria será democrática.

Camaradas y amigos:

En esta fecha tan cargada de emoción, saludo a las mujeres cuya contribución será decisiva para adelantar el final y organizar la vida serena y segura que ansiamos. Saludo a los campesinos tan humillados y ofendidos en esta época y que están muy cerca del corazón del Partido. A nuestros trabajadores y dirigentes sindicales, el Partido los saluda con orgullo. Los he tenido en mi mente diariamente. El pueblo de Chile los acompaña en su lucha. Son ellos un ámbito central de nuestra fuerza moral en la lucha por la libertad y la dignidad. Desde aquí rindo un emocionado homenaje a José Ruiz di Giorgio, Rodolfo Seguel y Manuel Bustos, quienes deben vivir en prisión este acto conmemoratorio, única y exclusivamente, por la arbitrariedad de un régimen que castiga el ejercicio de los derechos fundamentales. Porque su obsesión es castigar.

Saludo a nuestros jóvenes que por millares se encuentran en la Democracia Cristiana, el hogar de sus ilusiones y de sus ansias de construir la Patria

que será de ellos. Su calidad, su coraje y su lealtad honran la mejor tradición del Partido. Saludo a los profesionales y técnicos de cuya imaginación y talento el Partido confía para superar la crisis. Saludo a los hombres de trabajo, sean pequeños, medianos o grandes empresarios, el Partido los necesita para la inmensa tarea de reconstrucción nacional.

Quiero enviar un mensaje especial a los pobladores, cuyas condiciones de existencia son tan dramáticas y que de ser hoy, los últimos, en un mañana muy próximo serán los primeros. Porque la Democracia tendrá un fundamento ético y la solidaridad será su expresión real.

Así entendemos la vigencia del Partido Nacional y Popular que constituimos. En el orden de la libertad y la justicia no estamos obligados a cualquier cosa. Estamos obligados a lo más. A hacer realidad lo que pensamos y decimos.

A todos los militantes que hoy vibran con este aniversario les digo que la lucha no ha terminado. Ahora más que nunca, se requiere unidad y decisión. Pero esta es una lucha de todos, porque la Democracia se hará *por todos y para todos o no se hará.*

Queridos camaradas, Amigos que nos visitan:

Me corresponde hoy repetir las mismas palabras que pronunciara Bernardo Leighton hace, precisamente, cincuenta años:

“Por una paradoja a que conducen siempre las debilidades humanas el orden de la justicia y de las misericordias expuestos dos mil años atrás es, en pleno siglo XX, soberbio y temeroso en sí mismo, la síntesis definitiva de un orden nuevo”.

iii JUVENTUD CHILENA, ADELANTE!!!